

STEFAN CHWIN

EL VALLE
DE LA ALEGRÍA

TRADUCCIÓN DEL POLACO DE
ANNA RUBIÓ Y JERZY SŁAWOMIRSKI

BARCELONA 2013



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Dolina Radości*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Stefan Chwin
© de la traducción, 2013 by Anna Rubió Rodón y Jerzy Sławomirski
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.



ISBN: 978-84-15689-94-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 23 148-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LA PLAZA DEL MERCADO DE MÚNICH

Al hombre que será juzgado mañana lo vi por primera vez el 13 de septiembre a eso del mediodía en la plaza del Mercado de Múnich, al pasar por allí camino del puesto de la policía imperial de la Salzburgerstrasse.

Permanecía a plena luz del sol encima de una caja de madera, con la mirada perdida en el fondo azulino de la calle, pero sus ojos parecían no ver nada. ¿Se lo imagina usted, coronel Hartmann? ¡Salir a la calle con la cara pintada de blanco, el pelo alborotado y un capote de paño grueso del año de la polca salpicado de un polvillo brillante, encaramarse a una caja de madera con los pies enfundados en unas botas rotas teñidas de plata y, para colmo, sostener una carta ajada en la mano, todo para que algún alma piadosa le arrojara unas perras al sombrero!

Cuando lo vi por primera vez, se parecía mucho a Kaspar Hauser—usted ya me entiende—, aquel misterioso exposito de la vieja leyenda alemana a quien—según nos contaban cuando éramos niños—un desconocido había encerrado durante años en un sótano oscuro para comprobar si un muchacho privado de contacto con otros seres humanos aprendía a hablar por sí mismo, y finalmente había soltado una mañana soleada en la plaza Mayor de la antigua ciudad ducal de Ansbach.

¿Me pregunta usted qué hacía aquel «Kaspar» en la plaza, delante del ayuntamiento? Querido coronel Hartmann, el oficio del hombre que permanecía inmóvil en la plaza del Mercado de Múnich era callar. Como se descubrió en el transcurso de la investigación, aquel hombre había alquilado por cuatro chavos la buhardilla de la finca de los Gruber, en el número 12 de la Landstrasse, y llevaba instalado allí un

par de semanas sin molestar a nadie. Hedwig Klosterheim, la vieja criada que a veces le hacía la limpieza, nos dio alguna pista sobre sus actividades. Cada mañana—declaró al ser interrogada en la comisaría número III—, cuando los rayos del sol naciente iluminaban el cielo de Múnich, se sentaba delante del espejo y, de una arqueta barnizada de blanco y adornada con el monograma E. S., sacaba pinceles, esponjas, cajitas de polvos, borlas de algodón, tarros de cristal, frascos y estuches, colocaba concienzudamente aquellos trebejos sobre el tablero de un velador de caoba, desenroscaba una tras otra las nacaradas tapas con inscripciones en francés y en inglés, y, acto seguido, iniciaba su trabajo, suponiendo naturalmente que podamos llamar trabajo a la actividad que desarrollaba.

Para empezar, se aplicaba en la frente y en el cuello una generosa capa de crema de Marsella, cuyo intenso olor a almendras producía fuertes mareos a Hedwig Klosterheim—éstas fueron las palabras de la mujer durante el interrogatorio—. Con cada roce de la esponja húmeda, el rostro sonrosado por los rayos del sol matutino de Múnich adquiría el frío matiz del jalbegue, como si la vida caldeada por el sueño que durante la noche nos tiñe las mejillas de un molesto rubor ardiente lo fuera abandonando poco a poco. Luego cubría aquella base blanca con polvos de arroz de color carne, cuyas partículas chisporroteaban al sol como la escarcha sobre los asteres de otoño. Finalmente, cuando la piel de la cara y del cuello había adoptado el color de la ceniza, el Kaspar de la plaza del Mercado echaba mano a un lápiz negro como el azabache, se lo arrimaba al párpado y, controlando los movimientos en el espejo, se perfilaba los ojos con la punta blanda y untuosa del grafito de modo que, instantes después, las pupilas resaltadas por el fondo blanco y calizo de la cara parecían—perdone la comparación—dos albercas oscuras orilladas por un cañaveral de pestañas.

Cuando había acabado con los ojos, hundía el dedo índice en un tarro turco que ostentaba el dibujo de una sepia azul

con un ojo colorado, sacaba un pellizco de púrpura grasienta y se aplicaba con movimientos circulares aquel arrebolo espeso, haciendo aflorar a las mejillas unos estigmas carmesíes que sin duda la mayoría de nosotros habría tomado por síntomas de una fiebre crónica. Incluso los más duros de corazón se ablandaban ante aquella personificación de la desgracia que aderezaba sus mejillas con marcas de suplicio encarnadas para salir a la plaza vestido con harapos y subirse descaradamente a una caja de madera.

Sin embargo, querido coronel Hartmann, callar no era el único oficio del Kaspar de la plaza del Mercado. También lo era permanecer inmóvil. El mercader Dohrn y el marroquiner Gesterheim, a quienes interrogamos dos días después de Hedwig Klosterheim, declararon que solía aparecer en la plaza del Mercado a eso del mediodía, cuando la gente empezaba a agolparse junto a los tenderetes. Se encaramaba a su caja pintada de plata y se quedaba petrificado en la pose del misterioso expósito de la antigua leyenda alemana para permanecer así durante largas horas ajeno al sol y a los embates del viento.

En los días de bonanza, cuando el verano se extinguía al rescoldo de los bochornos de septiembre y espolvoreaba las calles con el polen amarillo de los árboles que acaban de perder las flores, perseveraba encima de la caja teñida de plata con el papel arrugado entre los dedos cual si fuera una escultura de piedra destacando por encima de las cabezas de los transeúntes que llegaban desde la puerta de la ciudad. Todos admiraban su capacidad de aguantar horas y horas en posturas elocuentes y le envidiaban la paciencia con la que se mantenía inmóvil, aunque—digámoslo de una vez—también era bastante despreciado, porque ¿quién no despreciaría e incluso no aborrecería a la viva imagen de la inercia?

¿Quién era en realidad el Kaspar de la plaza del Mercado? Nadie lo sabía. Y por lo demás, ¿a quién le importaba? Tal vez aquel maestro de la paciente inmovilidad—así lo lla-

maban a veces en la cervecería de Hanson—hubiera llegado a Múnich en busca de dinero fácil o quizá fuera un habitante de la ciudad que, por razones que sólo él conocía, optaba por ocultar su identidad. Y tampoco nadie se preguntaba si Kaspar sufría a causa de las humillaciones que todos le prodigaban.

Porque, desgraciadamente, permanecer inmóvil y en silencio durante largas horas no era el único oficio del Kaspar de la plaza del Mercado. También lo era resistir golpes. ¡Qué rabioso ingenio derrochaban los transeúntes para sacarlo de quicio cuando permanecía horas y horas sobre su caja plateada en una posición artificial y con la mirada perdida en el fondo azulino de la calle! Yo pude ver con mis propios ojos a los estudiantes ebrios y desmadrados que se plantificaban delante de él con las piernas separadas y la gorra echada para atrás, se estiraban con los dedos las comisuras de los labios en una mueca diabólica, dejaban colgar la lengua hasta la barbilla, ponían los ojos en blanco y, con una sorna envenenada, hacían gestos obscenos para obligarlo a protestar o, todavía mejor, obligarlo a huir de su miserable pedestal pintado de plata.

¡Y qué decir de los chavales, mocosos rebosantes de malicia, hijos de funcionarios de Correos, de oficiales de caballería o de coroneles de artillería, que a eso de la una, cuando se acercaba la hora de comer, irrumpían ruidosos y desaliñados en la plaza del Mercado por el lado de la puerta de la ciudad y, como un enjambre de abejorros, seguros de su total impunidad, taladraban a los peatones con sus aullidos! Ésos eran los peores.

Pero Kaspar lo soportaba todo en silencio. Su rostro recubierto de afeites y arrebol no se inmutaba cuando los puñados de arena arrojados en pos de las palabras hirientes le daban directamente en los ojos, y sólo sus párpados blancos se entornaban ante la mano infantil levantada, porque Kaspar sabía muy bien que el dinero que caía en la lata de té co-

locada a sus pies no era únicamente la recompensa por imitar con acierto al famoso Kaspar de Ansbach, sino también el precio por soportar con paciencia y humildad las mortificaciones y los suplicios que sin duda no habría logrado soportar ninguno de los boticarios, comerciantes de cereales o propietarios de molinos y fábricas de cerveza, es decir, ninguno de los respetables habitantes de Múnich que habían salido a pasear por la plaza acompañados de sus bien alimentadas esposas y de sus relamidos vástagos.

Porque Kaspar era un maestro de la paciencia. ¡Ninguno de los soldados que hacían guardia durante horas delante de la puerta principal del palacio ducal de Ansbach podía igualarlo en fuerza de espíritu y resistencia a las pullas y a las afrentas!

Un día soleado, cuando por orden del capitán Horovitz me dirigía hacia el despacho del alcalde Nolden para tramitar unos papeles, me percaté de que Kaspar no estaba solo. Enfrente, al otro lado del pasillo entre los tenderetes, una muchacha vestida con un atuendo parecido al de la Virgen de Fátima o al de la princesa de algunos de los cuentos de los hermanos Grimm—un velo azul con una corona de estrellas alrededor de la cabeza y una túnica azul—permanecía en lo alto de un globo terráqueo de madera pintado de azul marino y envuelto en los anillos dorados de la serpiente bíblica. Al lado del globo, había un recipiente lleno de agua, en cuyo fondo resplandecían algunas monedas. Cuando los transeúntes arrojaban una moneda en el recipiente, un pequeño surtidor brotaba de la superficie del agua en señal de agradecimiento, un viejo truco ingenuo y conmovedor para animar a los críos a desprenderse de unos céntimos que era recibido con una sonrisa indulgente. El rostro de la muchacha también estaba recubierto de afeite blanco, y solamente sus ojos ocultos detrás de los párpados entornados despedían un resplandor húmedo.

Cuando los vi por primera vez juntos, allí, en el pasillo en-

tre los tenderetes, no pude reprimir una sonrisa. Dos maestros en el arte de la inmovilidad a la espera del tintineo de una moneda que una mano piadosa decidiera arrojarles. Ella a un lado del pasillo. Él, al otro. Separados por el torrente de transeúntes y mirones, permanecían frente a frente bajo el sol otoñal de Múnich encima de sus respectivos pedestales sin alterar en absoluto sus historiadas poses, contemplando desde las alturas las pamelas de las damas adornadas con flores, los panamás de los caballeros, las gorras de los policías, los cascos puntiagudos de los oficiales, los sombreros de papel de los niños, y los pañuelos de colores y las caperuzas bordadas de las campesinas que desfilaban delante de sus ojos desde el lado de la puerta de la ciudad hacia la casa de los Kreutz para cruzar luego la plaza y adentrarse en la urbe. Sus rostros relucían con la blancura de la cal por encima de las cabezas humanas, y el polvillo plateado que habían esparcido sobre su ropaje con ingenioso esmero parecía el polvo de los mil caminos que habían recorrido en el curso de su interminable peregrinación mendicante a través del mundo. Se miraban algo distantes desde sus minúsculas peanas. Kaspar, el sufridor y el solitario abandonado por todos, el misterioso expósito que había pasado gran parte de la vida encerrado en un sótano húmedo, y la triste Virgen que bendecía al mundo desamparado con los brazos abiertos.

Pero ¡y los ojos de Kaspar! Un día advertí que sus ojos, antes impasibles y clavados en la profundidad azulina de la calle, empezaban a buscar los ojos de la muchacha y que, a ratos—debo admitir, querido coronel Hartmann, que el descubrimiento me resultó placentero, y eso que siempre me he guardado del sentimentalismo barato—, encontraban en ellos una respuesta alentadora. Siempre que atravesaba la plaza, me complacía en observar a la pareja que, sin inmudarse, pacientemente inmóvil y al parecer indiferente a cuanto ocurría a su alrededor, se comunicaba de vez en cuando por encima de las cabezas de la multitud ambulante a través

de aquellas ojeadas furtivas, como si en lo más profundo de las pupilas del otro intentaran captar la chispa de una sonrisa benévola.

Y mientras transcurrían las horas de los días soleados, las dos figuras inmóviles permanecían sobre sus respectivos pedestales descollando por encima de la multitud ambulante, y sólo alguna paloma confundida se posaba ora en la cabeza de la Virgen, ora en la cabeza de Kaspar, como si pertenecieran a unas estatuas de piedra que alguien había erigido allí, en la bulliciosa plaza del Mercado de Múnich, en vez de hacerlo en el parque que se extiende a orillas del río. Al sentir el roce de las alas en el pelo, Kaspar ni siquiera levantaba una ceja, aunque en sus ojos entornados se encendía una lucecita juguetona, una señal de discreta satisfacción por haber conseguido metamorfosearse con tanta maña a golpe de cremas, afeites y polvos en su cuartucho de la Landstrasse que incluso los pájaros habían perdido la capacidad de distinguir lo vivo de lo inanimado y no tenían miedo a posarse en la mano que sostenía la misteriosa carta, como si no se tratara de una mano humana, sino de la mano de una fría figura de mármol.

Al anoecer Kaspar bajaba de su caja, y la Virgen bajaba de su globo envuelto en los anillos de la serpiente bíblica. Recogían sus cosas: él, la caja pintada de plata; ella, el globo terráqueo y el recipiente de agua con el pequeño surtidor, y se iban a paso lento: él, hacia la Landstrasse, ella—según declararían el tendero Marienfeld y el frutero Mehrenhoff—, hacia el edificio amarillo de la Goethestrasse, donde también se alojaba una docena de muchachas vagabundas de la misma calaña, sin blanca, sin suerte en la vida y sin futuro.

Disculpe que le hable de esto con cierta exaltación, pero ¡si usted los hubiera visto regresar a sus casas por las calles vespertinas, cogidos de la mano, tan bellos en sus estafalarias vestimentas salpicadas de motitas brillantes y con los rostros recubiertos de afeite blanco donde, a la luz de las farolas de gas recién encendidas, rutilaban las partículas de los

polvos cosméticos de París, mientras los transeúntes les sonreían avergonzados por haber pillado in fraganti en su paseo a dos hermosas estatuas de mármol, la de un hombre y la de una joven, que, voluntariosas, habían abandonado sus peanas instaladas en algún lugar del parque ribereño para avanzar sin miedo bajo las luces de gas a través de la ciudad nocturna, deslumbrando a todo el mundo con su hermosura blanca y algo terrorífica!

Y después llegó aquel sábado que quedaría grabado en mi memoria por mucho tiempo. Como cada día, Kaspar y la muchacha permanecían inmóviles encima de sus zócalos en pose teatral, separados uno del otro por el torrente de peatones que fluía entre los tenderetes y absortos en el bullicio de la ciudad y en las voces de los que llegaban a la plaza del Mercado desde la otra orilla del río en busca de una diversión sencilla y barata y—digámoslo de una vez por todas—de una pizca de crueldad reconfortante. Porque, querido coronel Hartmann, ¿a quién no le reconforta una pizca de crueldad? ¿Conoce usted a alguien así?

Los vi deambular delante de Kaspar, arrojar una moneda en su caja de lata, hacerle señas con la mano y alegrarse de poder contemplar el rostro empolvado de aquel adefesio que confería un matiz muy especial a los días de mercado. El tiempo era benigno y soleado. Hacía un calor que invitaba a abandonarse al ocio y a la diversión despreocupada. El verdadero otoño, el otoño frío, tardaba en llegar desde su guarida de la montaña, y las nubes de octubre que en esta época del año suelen amenazar con lluvia, dormitaban perezosas más allá del horizonte como si hubieran olvidado cumplir con su deber. A eso de las dos, una agitación convulsiónó a la multitud. Yo venía por el lado de la puerta de la ciudad con unos papeles para el alcalde Nolden, acababa de doblar la esquina a la altura de la fuente y estaba a punto de llegar a los puestos de ferretería cuando al fondo del pasillo reparé en un grupo de jóvenes con gorra de estudiante

que habían emergido repentinamente de la muchedumbre y avanzaban entre los tenderetes blandiendo unos bastones herrados.

Luego oí a alguien gritar a voz en cuello: «Hans, ¿estás viendo lo mismo que yo?». Un gordinflón rubio vestido con una chaqueta de paño verde en cuya solapa se distinguía el emblema de la corporación estudiantil Germania apuntaba con su bastón hacia la muchacha disfrazada de Virgen que permanecía en pie sobre el globo terráqueo envuelto en los anillos de la serpiente bíblica. «¿Me engañan los ojos o aquí hay alguien que se hace pasar por una estampa sagrada?». Corrieron hacia la muchacha, se plantificaron delante de ella con las piernas separadas y, salvajemente desparpajados y muy seguros de la fuerza de sus atléticas pantorrillas enfundadas en medias negras, empezaron a hacer molinetes con los bastones mientras ella, con los brazos abiertos en un gesto dócil y el rostro oculto detrás de una capa de polvos blancos, seguía en pie sobre su bola envuelta en los anillos de la serpiente bíblica, probablemente con la esperanza de que se aburrieran pronto de aquel juego cruel y se marcharan, porque ¿cuánto tiempo puede uno hacer molinetes con el bastón? Pero las caras de los estudiantes se nublaron ante su calma impertérrita. El más joven de la pandilla, un chaval flaco y pecoso que llevaba unos pantalones de tirantes de estilo bávaro y lucía una erizada melena cobriza, dio un paso adelante y, con los aires de quien pretende convencer a todo el mundo de que no conoce el miedo, lanzó un escupitajo al recipiente lleno de agua, en cuyo fondo brillaban algunas monedas. La muchacha de la corona de estrellas en la cabeza no hizo ningún movimiento, aunque sus ojos se oscurecieron. Entonces otro estudiante, un muchachote alto y moreno con bigote negro, levantó el bastón, lo balanceó durante un rato como si fuera una lanza griega y golpeó con ímpetu el recipiente, que se hizo añicos. La muchacha gritó tapándose la boca con la mano, y ellos empezaron a tirar de su tú-

nica azul para hacerla caer del globo envuelto en los anillos de la serpiente bíblica y echarla de la plaza.

En aquel mismo momento—lo recuerdo muy bien porque estaba junto a la fuente, desde donde pude verlo todo de cerca—Kaspar bajó de un salto de su caja. En la mano llevaba una navajita ligeramente curva, una de esas navajas sólidas con mango de madera que los jardineros utilizan para hacer injertos en los manzanos y los pintores para afilar los lápices. El hierro brilló amenazador al sol e hirió en la mano al muchacho pelirrojo. Un rasguño superficial y sin importancia. Pero los estudiantes, enfurecidos por el giro que habían tomado los acontecimientos, apuntaron sus bastones herrados hacia el hombre que se había atrevido a levantar la mano contra uno de ellos. Tenía que pagar por lo que había hecho. Y probablemente los bastones herrados habrían caído sobre la cabeza de Kaspar de no haber sido por el policía Herbst, que, de regreso de la comisaría número III, atravesaba la plaza vestido con su uniforme recién planchado y se hallaba precisamente en el pasillo entre los tenderetes. Oí su voz firme que contuvo a los agresores. Enorme, con el rostro inyectado de sangre, las manos sembradas de manchas de hígado y la nuca rapada y curtida por el sol, parecía un luchador de lucha libre más que el oficinista de la comisaría de la Salzburgerstrasse encargado de los ficheros del padrón. Una mirada de sus ojos color cerveza incrustados bajo unas cejas descoloridas les bastó para comprender la situación.

Por lo demás, querido coronel Hartmann, ¿qué había que comprender? Todo el mundo había visto quién había sido el agresor y quién la víctima. Los mirones que habían acudido de todas partes al lugar de los hechos despotricaban a voces de la pandilla de estudiantes, cuyo intolerable comportamiento había hecho la pascua más de una vez a los pacíficos habitantes de Múnich. El policía Herbst, indignado y furioso por aquella agresión temeraria perpetrada a plena luz del día en el mismísimo centro de la ciudad, se abalanzó so-

bre el chaval de la melena erizada para agarrarlo por la nuca y arrastrarlo hasta el puesto de policía más cercano, pero en el último momento algo detuvo su mano sembrada de manchas de hígado. De repente—según contaría después—, en un destello de conciencia paralizador, se dio cuenta de que el chaval que había lanzado el certero escupitajo en el recipiente de agua era ni más ni menos que Hans Jürgen Nolden, el hijo menor de Peter Dietrich Nolden, el alcalde de Múnich. Aquello fue definitivo. La manaza cubierta de manchas de hígado que estaba a punto de caer sobre la nuca del muchacho pecoso cambió de rumbo y, de un golpe violento, derribó a Kaspar. De poco sirvieron las protestas de los mirones. El policía Herbst esposó a Kaspar y, al son de los gritos de la multitud, lo arrastró hasta el puesto de la Salzburgerstrasse. Barrí la plaza con la mirada y constaté que, afortunadamente, la muchacha disfrazada de Virgen se había esfumado durante la trifulca. Sólo el globo terráqueo de madera envuelto en los anillos de la serpiente bíblica rodaba por los adoquines pateado por la muchedumbre que se precipitaba en pos del detenido.

Seguramente me va usted a preguntar por qué no intervine. Querido coronel Hartmann, usted sabe mejor que nadie que esto habría resultado del todo contraproducente. Diré más: aunque hubiera opinado que el comportamiento del policía Herbst no había sido del todo reglamentario—y creo que probablemente no lo había sido—, decidí que no era apropiado poner en entredicho públicamente la autoridad de la policía imperial, de la que dependía la paz social de Múnich y de todo el país. Todos cometemos pequeños errores y no vale la pena hacer una montaña de un grano de arena. Quien critica demasiado los errores policiales en el fondo atenta contra el orden público, y esto no lleva a nada bueno. O sea que, tras echar una última mirada al policía Herbst, que arrastraba a un Kaspar esposado hacia la comisaría número III de la Salzburgerstrasse, retomé el camino del ayun-

tamiento, porque ya era hora de entregar los papeles que el capitán Horowitz me había ordenado traspasar a los empleados del despacho del alcalde.

KASPAR AL DESNUDO

Creo que huelga explicarle, querido coronel Hartmann, cómo son las salas de interrogatorios de las comisarías de barrio, donde todos nosotros hemos hecho los primeros pasos de la carrera policial para—así lo justificaban nuestros superiores—tomar contacto con la vida, cuyo sabor—¿por qué engañarnos?—no siempre es dulce. Estos habitáculos escasamente iluminados y a menudo, vete a saber por qué, pintados de verde despiden un aura de desesperanza apenas perceptible, aunque sus paredes están relativamente limpias, la mesa metálica se friega a diario y se barre el pavimento de hormigón. Tal vez los cristales no dejen pasar demasiada luz por culpa de las tupidas rejillas, pero los lugares donde la mano de la justicia cae sobre los delincuentes deben mantener un carácter austero—ninguna persona razonable va a negar esta evidencia.

Cuando el policía Herbst introdujo a Kaspar en la sala de interrogatorios de la comisaría de la Salzburgerstrasse, éste se quedó plantificado en el centro de la habitación sin saber qué hacer con las manos, cuya blancura calcárea resplandecía insolente en la penumbra como si lo acabaran de pillar robando harina en un molino. El policía Oldenburg apenas logró contener la risa al ver aquella figura estrafalaria. ¡Aquella levita del año catapún remendada y salpicada de polvillo de plata a la que le faltaban la mitad de los botones, y, para colmo, aquellas botas de media caña pintadas de plata, rotas y rayadas, aquellos pantalones anchos, deshilachados y llenos de parches y aquella peluca greñuda!